

# Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón

Volumen 9 Núm. 1



Agosto a diciembre 2023

# Contenido

Editorial.....	3
En esta edición.....	5
Colaboraciones	
Julia Por: Beatriz Maite Santiago-Ibarra.....	7
Aquella foto...Por Sylvette Cabrera Nieves.....	12
Espejo Por: Wanda Margarita Lluveras Gómez.....	16
Lolo – un pececito diferente y La Navidad de mi niñez Por: Ibis Rodríguez.....	18
Respuestas Por: Juan Carlos Fret-Alvirar.....	27
El barrio Destino y Aventuras en el campo Por: Miguel Ángel Velázquez Vega.....	30
Firolita la cebra amarilla Por: Ana Lydia Fontáñez-Dávila.....	38
Niño taciturno y Asombro indecible Por: Damián Jerónimo Andreñuk.....	43
REVIVIENDO LA INFANCIA* Por Consuelo-Mar Justiniano.....	47
Rayito de Luz Por: Alexie M. Lugo Canales.....	51
Memorias de la infancia: entre matices de luz y sombra Por: Elizabeth Díaz Rodríguez...	53
Letras Inéditas	
Trencitas de azabache y trencitas de rubí Por: Dhaysra Reynoso Vélez.....	58
Recuerdo de colores Por: Ketzia M. Vélez Figueroa.....	61
Las estaciones de mi niñez Por: Rebecca Pérez.....	63
Poema de infancia Por: Kayramarie Caraballo Quirindongo.....	68
Memorias de la infancia Por: Christian J. Pagán Rivera.....	70

# Editorial



*Dra. Consuelo Martínez Justiniano*

“La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado”. Gabriel García Márquez

La nueva edición de Le.Tra.S. está dedicada a la memoria de la infancia. Esa que nos visita cuando menos lo esperamos y nos permite revivir momentos inolvidables de nuestra niñez. Como evocar cuando creíamos en los Reyes Magos, sacábamos hierba para los camellos y nos acostábamos temprano para ser sorprendidos con regalos; recordar los juegos del patio a la hora del recreo y las primeras aventuras y travesuras de nuestra infancia.

Escritores, profesores y estudiantes participan en esta edición con cuentos, poemas y memorias sobre la etapa de la niñez. Beatriz Santiago Ibarra, comparte con nosotros el relato “Julia”, inspirado en nuestra poeta Julia de Burgos y su encuentro con el río Grande de Loíza. Ana Lydia Fontáñez-Dávila colaboró con el cuento “Firolita, la cebra amarilla”, un cuento infantil que promueve la autoestima y el valor de la identidad. Ibis Rodríguez Carro, hizo lo propio con el relato “Lolo, un pececito diferente”, historia que muestra que las diferencias nos hacen únicos y que, en la aceptación, encontramos la convivencia. Miguel Ángel Velázquez Vega nos remonta a los recuerdos de la infancia en los campos de la isla de Vieques, a través de sus memorias “El barrio Destino” y “Aventuras en el campo”. Mientras Sylvette Cabrera Nieves comparte la tierna memoria de una sobrina que descubre una foto escondida en un cajón de su tía.

En esta edición publicamos, en Letras Inéditas, trabajos de estudiantes que tuvieron a bien recordar su infancia como parte de un taller de escritura creativa en clase. Así también, reseñamos e incluimos fotos de la participación de estudiantes en la representación de los monstruos literarios, otra actividad de los cursos de español.

Además, compartimos la noticia de que la revista Le.Tra.S. fue presentada en las XXIII Jornadas del Libro Caribeño, demostrando cómo hemos contribuido, por espacio de casi 10 años, a la investigación, la crítica y los estudios caribeños. Destacando, obviamente a Puerto Rico, pero también a nuestros hermanos de Cuba, República Dominicana, islas Antigua y Barbuda, y extendiéndose a otros países como México, Colombia, Uruguay, Chile, Brasil, entre otros. Nuestro compromiso continúa. Esperamos seguir contribuyendo porque la lectura transforma sueños.

¡Gracias a todos y felices fiestas!

## En esta edición:



### **Julia Por: Beatriz M. Santiago-Ibarra**

Cuando caía la tarde de un 17 de febrero, Paula García, la esposa del criollo don Francisco, trajo al mundo a su primera hija. A medida que iba creciendo todo el barrio de Santa Cruz de Carolina pudo notar que Julia era una chiquilla audaz, traviesa y desconcertante.



### **Respuestas Por: Juan Carlos Fret-Alvira**

*Larga sombra mía que cae sobre mí.*

*Alto sol, alta luna.*

*Menguante sol, menguante luna.*

*Ido sol, ida luna.*



### **Aquella foto...Por: Sylvette Cabrera Nieves**

Cuando niña me gustaba quedarme en la casa de la tía Carmenza. Una casona en el campo con techo de dos aguas que era en un paraíso para mí. Tenía la sensación de perderme en otro mundo.



**Lolo- un pececito diferente y La Navidad de mi niñez Por: Ibis Rodríguez**

En las tranquilas y profundas aguas del océano Atlántico, vivía Lolo, un pececito travieso y vivaracho, a quien le gustaba explorar las diversas zonas del inmenso mar. Cada día nadaba en busca de aventuras y de nuevos amigos con quien

jugar.



**Trencitas de azabache y trencitas de rubí Por: Dhaysra Reynoso Vélez**

En cada escuelita hay muchos niños lindos y muchas niñas bonitas. Te contaré sobre dos niñas con muchas trencitas: una tiene brillosas trencitas de azabache y la otra alborotadas trencitas de rubí. Cada día las dos se van de aventuras.

# Colaboraciones

## **Julia Por: Beatriz Maite Santiago-Ibarra**

Cuando caía la tarde de un 17 de febrero, Paula García, la esposa del criollo don Francisco, trajo al mundo a su primera hija. A medida que iba creciendo todo el barrio de Santa Cruz de Carolina pudo notar que Julia era una chiquilla audaz, traviesa y desconcertante. Aprendió a jugar con los niños del vecindario a las canicas y otros juegos, que luego enseñó a sus seis hermanos menores. Cuando tenía apenas cinco años, acompañaba a su papá a las Fiestas Patronales de los pueblos. Debajo de una carpa su padre adivinaba el futuro usando una bola de cristal.

La niña escogió jugar con animalitos dentro de la casa. Su mamá la regañaba, pues esto asustaba a Consuelo, su hermanita. Otro pasatiempo favorito era comenzar a dibujar con sus lápices de colores. Pintaba el mar que era como un montón de agua. Un día pintó de rojo y blanco la pared de su casa y salió corriendo. En el camino tropezó con el Charco de Pozo Hondo, y se internó feliz en el tibio líquido. Regresó a su casa. No la regañaron como esperaba. Julia pensó que aquel montón de agua en que se bañó había realizado el milagro de lavar la pared. Su tía la lavó antes de que sus padres llegaran a verla.

Francisco sentía un gran amor por su hija Julia. La llevaba siempre con él a pasear por los campos, ella miraba asombrada los flamboyanes alineados, parecían soldados de uniformes rojos que le hacían la guardia al caminante. Una tarde de calor, Julia llevó a Consuelito hasta el montón de agua. Conocieron allí a don Cholo, un botero y pescador, mulato, paciente y cariñoso; este les explicó a las hermanitas que el montón de agua era el Río Grande de Loíza. Julia y Consuelo comenzaron a salir con don Cholo y se entretenían escuchando los cuentos e historias de príncipes y princesas de los manglares.

Comenzaron a ausentarse de la escuela. Las maestras visitaron a sus padres, y ellos le prohibieron visitar al Río Grande de Loíza.



Julita era muy astuta y al día siguiente, en vez de reñir con su maestra, le leyó un poema dedicado a ella y al Río Grande de Loíza. Así, a la mañana siguiente la maestra llevó a todos hasta el río. Pasó el tiempo, Julia cumplió siete años. Carolina celebraba sus Fiestas patronales, para entretener a la gente, su familia preparó un magnífico acto de magia: su papá haría aparecer conejos y desaparecer naipes, sus hermanos menores sacarían palomas de unos sombreros y las hermanas unirían arcos de acero y pañuelos de colores...frente a la concurrencia. Llegó el día de la verbena, era de noche y el cielo se había vestido de fiesta. Cielo estrellado y luna llena. Cuando a Julia le tocó su turno, levantó sus manitas, y dijo: “yo veo la luna reflejarse en mi Río Grande, con ello he aprendido a meter mis manos en la luna”. El público la aplaudió más que nunca. Desde entonces, a Julia la asociaron con el Río Grande de Loíza y con la luna.



En la escuela, Julia notó que había un niño – que no se alegraba con ningún juego. Se llamaba Miguel. La niña trató todo tipo de distracción y nada. Al siguiente día, le trajo tres globos de colores. El niño los dejó escapar; ya desesperada, se le acercó y le dio un beso en la mejilla y le dijo al oído:

- “¿Sabes algo? Yo te quiero mucho”. El niño le respondió,
- “Ahora sí quiero jugar”.

Miguel fue su amigo y compañero de siempre. La niña poeta con su cariño lo llenó de felicidad.

Julita y Consuelito siempre iban a ver a su amigo don Cholo hasta que una mañana su papá la abrazó y con mucho amor le comunicó que el bueno de don Cholo había muerto. Julita, al enterarse, solamente murmuró con tristeza: “Quiero caminar”. La dejaron ir sola. Camino y lloró, caminó y lloró hasta que llegó a LA POESÍA, la barca de don Cholo que estaba vacía. Dijo: “Don Cholo, yo sé que estás aquí conmigo, por eso no tengo miedo y voy a cruzar con tu barca hasta la otra orilla”. Entonces comenzó a remar hacia el centro del río como le enseñara su amigo. La corriente era fuerte. Las emociones y el llanto por la muerte de su compañero del río la habían rendido. Se quedó dormida. No regresó a la casa. Sus padres, los vecinos, y Miguel salieron a buscarla. A la mañana siguiente y cruzando esforzadamente el río, Miguel divisó una barca entre los manglares de la orilla del montón de agua. Se trepó en la barca y la despertó.



– “¿Cómo cruzaste si el botero no está?”.

–“Lo hice. No es necesario verlo, lo hice con él”. – “Don Cholo se encuentra aquí con nosotros, y también Dios”.

Julia prometió a sus padres no volver a salir sola jamás. Así lo cumplió siempre.

Desde entonces, Julia y el Río Grande de Loíza fueron amigos inseparables.

Julia de Burgos, se le conoció como Julita de Carolina y Julia de América – poeta puertorriqueña de las más grandes en el mundo.

**JULIA FUE UNA NIÑA PEQUEÑA COMO TÚ.**

## Sobre la autora



Foto de Johnny Betancourt

Beatriz Mayte Santiago-Ibarra es escritora y crítica de arte. Obtuvo el bachillerato y maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Puerto Rico, la Maestría en Artes y Literatura del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y un Doctorado en Filosofía y Letras de dicho Centro en pacto académico con Universidad de Valladolid, España. Se desempeñó en calidad de Especialista en Asuntos Culturales y Coordinadora Editorial de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico y de la Asociación de Críticos de Arte, ratificado su nombramiento en París, Francia.

Algunos de sus libros son: Siembra para no decir adiós, Versos de anafre a mi abuela, En el silencio de las desgarraduras, Trásfuga de mi existencia, El asesinato de Casandra Ramírez, El último centauro y Cuentos para no atreverse a contar, pero los cuento.

## **Aquella foto...Por Sylvette Cabrera Nieves**

*“La madurez no implica el abandono de la infancia”, Anónimo*

Cuando niña me gustaba quedarme en la casa de la tía Carmenza. Una casona en el campo con techo de dos aguas que era en un paraíso para mí. Tenía la sensación de perderme en otro mundo. ¡Ay, cómo disfrutaba de los cánticos de los pájaros y de la sinfonía nocturna de los coquíes! Esas ranitas de diminutos cuerpos, ojitos saltones y potente canto con el cual atraen a las hembras para procrearse. Así como las carcajadas de los múcaros cuyo inconfundible sonido no podrás olvidar jamás.

Mi rincón favorito era el amplio balcón y el patio con árboles frutales, que disfrutaba a mi antojo al deambular por los alrededores. Muchas veces con sigilo exploré las alcobas, distribuidas a manera de laberinto, que para mi imaginación no tenía precedente. Los muebles antiguos, los cuadros y adornos eran hermosos. Recuerdo una consola repleta de objetos y retratos de gente desconocida. Supongo fotos de muchos parientes muertos cuyos nombres ignoraba. Una vez en un baúl encontré muñecos del Nacimiento envueltos cuidadosamente en papel de estraza. Disfrutaba el olor a caoba que se desprendía de los roperos abiertos.

Cierta tarde en uno de aquellos armarios, de la habitación de mi tía, encontré en la gaveta del tocador un misal con cubierta nacarada que tenía unas gardenias disecadas, la estampita del Divino Niño Jesús, un mechón de pelo dentro de una bolsita y una foto amarillenta, de una diminuta silueta, en cuyo anverso leía: Paulsen “Te quiero, no te olvidaré”. Entonces demudada guardé el devocionario en su lugar. Sentí mucha vergüenza y el aire pesado. Me costaba respirar. Corrí hasta el patio como si hubiera cometido un grave pecado. Tuve que guardar en mi alma aquel triste suceso, con obcecado mutismo, mientras la luna iba tocando las sombras de los montes y comenzaba la oscuridad nocturna.



Evoco, como ahora, la frialdad que tuvo el campo por la noche. Los olores frutales, los perfumes de las flores y la humedad, todo a lo que me acostumbré cuando me metía a la mullida tibieza de mi cama con el sonido de la lluvia sobre las piedras. Las muchas vacaciones que pasé en ese lugar de ensueño jugando a mis anchas; cuando lo veía todo con ojos desbordados de inocencia.

En el próximo verano, una tarde caminando por el terreno que llevaba hasta los puntos de colindancia con la finca de los Mendoza, me encontré con una lápida y reconocí el curioso nombre. Así las cosas, lo guardé en la memoria sin comentarlo con alguien.

Atesoré de niña los momentos que estuve bajo los dulces mimos de Carmenza la única hermana de mi padre. Ella olía siempre a violetas, gardenias y azucenas. Le gustaba cantar, cocinar y preparar postres como la mejor *chef* del mundo. Las cosas suelen traernos recuerdos. Nos despiertan momentos olvidados. A pesar de uno y de la edad, las nostalgias, tales como las enfermedades, nos persiguen en la vida. La memoria de la infancia, esas dulces vivencias, se atesoran eternamente pues se anidan en el fondo del

alma con enorme ternura. En momentos de nostalgia o de mayor vulnerabilidad siempre afloran como una cobija espiritual.

La tía Carmenza tuvo un agudo sentido del humor, sin embargo, algo se lo cambió con los años. ¿Acaso a raíz de aquella foto? Ciertamente, no me corresponde a mí dar cuenta del pasado de nadie.



Con el pasar de los años y la madurez, comprendí bien el significado de aquella foto. El destino puso en mis manos, en esa tarde, una verdad oculta. La descubrí por serendipia, por mi bendita curiosidad de gato. La querida tía Carmenza tuvo un hijo. A veces me pregunto, ¿quién fue el padre del bebé?, ¿cuál fue la causa de su fallecimiento? Como todo ocurrió hace tanto tiempo, es posible que, si alguien advino en conocimiento del suceso, prefirió callar aquel secreto familiar. Y les aseguro que la familia jamás lo sabrá, al menos no de mis labios, y mucho menos la ubicación de la pequeña tumba.

## Sobre la autora



Sylvette Cabrera Nieves nació en San Juan, Puerto Rico (1958). Es Psicóloga Escolar jubilada, poeta y narradora. Miembro del Pen Club Internacional de P.R., Colaboradora/Lectora en *Azogues Espejos* (México) y *Ágora Papeles de Arte Gramático* (España). Sus obras aparecen en antologías de Hispanoamérica, España y Puerto Rico. Mención de Honor en el Certamen de Cuentos: “Mi vida en el Barrio”. (Argentina, 2022) y Finalista en Certamen de Epitafios (España, 2022). Palabreadores (Puerto Rico, 2023) Cuento del mes agosto: *Herencia de*

*Fuego* (Vol. 3, 31, 2023) y *Vuelta de Hoja* (septiembre Vol. 3 (32), 2023). Libros inéditos: *Hilo* y *(Des)hilo Sombras* (poemario) y *Mira que te cuento...*(relatos).

## Espejo Por: Wanda Margarita Lluveras Gómez

*Voy, en las alas enormes, a los momentos  
de risas y juegos sin preocupaciones.  
Me aferro a las memorias tomadas  
de los suaves instantes del reloj.*

*Quisiera quedarme con ellos,  
encontrarme con aquellos llevados por los años,  
con el ensueño,  
pero... regreso al parpadear a la realidad.  
Ya no estarán las sonrisas festivas  
abrazadas en la niñez por las cosas más sencillas.*

*Era el tiempo de la imaginación,  
el de la continua exploración,  
el de la explicación, y todo, todo era bueno.  
¿Adónde te fuiste sin pedir que lo hicieras?  
¡No sabía cuánto te extrañaría!  
Y más,  
cuando trato de ver todavía  
en el espejo a aquella niña perdida.*



## Sobre la autora



Wanda Margarita Lluveras Gómez es egresada de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, y de la Universidad de Nebraska, Recinto de Lincoln. Ha publicado en varias antologías y revistas, entre ellas: *Del Teatro del Silencio al Parnaso* (Editorial Organización Mundial de Poetas, Escritores y Artistas, 2013), *Antología del Mar y Fronteras de lo Imposible* (Editorial Casa de los Poetas: 2013, 2014), *Trece Estrellas* (Editorial Publicaciones Puertorriqueñas, 2014), *Siglemas 575* (Ediciones Scriba, ciudad de Nueva York), *Corpus Litterarum de Puerto Rico*, *Manolito de México* y para la Editorial Isla Negra de Chile.

## **Lolo – un pececito diferente y La Navidad de mi niñez Por: Ibis Rodríguez**

### **Lolo-un pececito diferente**

En las tranquilas y profundas aguas del océano Atlántico, vivía Lolo, un pececito travieso y vivaracho, a quien le gustaba explorar las diversas zonas del inmenso mar. Cada día nadaba en busca de aventuras y de nuevos amigos con quien jugar. Por ser el pez más pequeño de su banco, apenas tenía con quien hacer travesuras. Sus padres le tenían prohibido salir a las aguas de la superficie, y dejarse ver por los habitantes de esa zona. Además, pensaban que como Lolo era un pececito diferente, querían protegerlo de los demás. Lolo tenía un solo ojo desde que nació.



Un día el pececito nadó muy cerca de las aguas de la superficie y se encontró con otro pez, el cual era pequeño como él. Cuando vio a Lolo, nadó de prisa y se escondió entre los corales del arrecife. Lolo se acercó y le preguntó:

-¿Quién eres? ¿De dónde vienes? No me temas, me llamo Lolo.

Rayadito salió poco a poco de entre los corales, observó a Lolo y respondió:

-Soy Rayadito, y habito cerca de aquí. Nunca había visto a un pez como tú. ¿De dónde vienes?

Lolo contestó:

-Vivo en aguas profundas, pero hoy salí a nadar un poco más lejos de donde habito. Tampoco había visto a otro igual a ti. ¿Quieres jugar conmigo?

-No sé. Mis amigos deben estar cerca, buscándome. ¡Aquí vienen! – respondió Rayadito.

Un pequeño grupo de pececitos y diminutos habitantes del mar se acercaron a Lolo y a Rayadito. Miraban a Lolo sorprendidos y con curiosidad porque nunca habían visto a un pez con un solo ojo. Rayadito los recibió alegremente y quiso que se conocieran:

-Lolo, te presento a mis amigos: Ito- pulpito; Uga-la tortuga; Goby- el pez colorido; Bangy- el pez loro; por último, Jip- el caballito de mar. Amigos, les presento a Lolo.

Todos se miraron y empezaron a hablar a la vez. Únicamente se escuchaban las voces entremezcladas con sorpresa y curiosidad, apenas se podía entender lo que decían.

-¡Silencio! – exclamó Rayadito- No pueden hablar todos a la vez, así no podemos entendernos y menos comunicarnos. A ver, comencemos con Ito, preséntate.

-Hola, Lolo. Soy Ito, vivo cerca de aquí y vengo a jugar con mis amigos todos los días. Como ves soy un pulpo, familia de los moluscos. Me encanta contar con amigos de diversos tipos y disfruto mucho con lo que aprendo de cada uno de ellos.

-Lolo, soy Uga, una tortuga marina. Soy un reptil. Aunque nací en la arena, vivo en el mar. Recorro grandes distancias y les cuento mis aventuras a mis amigos. ¡Nunca había visto un pez como tú!

-Yo me llamo Goby, y soy un pez muy colorido que adora el trópico. Me gusta jugar al esconder entre los corales. ¡Quiero conocerte y que seamos amigos!

-Yo soy Bangy, el pez loro. Me distingo de los demás peces porque mi boca es como un pico, y al igual que todos aquí ¡me encanta la aventura!

-Aquí Jip, el caballito de mar. Al igual que tú, soy también un pez diferente. No tengo escamas, sino anillos óseos. Nado en forma recta con la ayuda de mi aleta dorsal. ¡Espero que seamos amigos!

-Ahora tú, Lolo. Háblanos de ti – dijo Rayadito.

-Soy, al igual que ustedes, un habitante marino. La diferencia de es que vivo en aguas profundas y con débil claridad. Son aguas más frías, un poco aburridas y silenciosas. Por eso, de vez en cuando salgo un poco más a la superficie en busca de aventuras y de nuevos amigos.



Luego de conocerse, se pusieron todos a jugar entre rocas, corales y algas. Lolo no se había dado cuenta de que llevaba bastante tiempo lejos de sus padres, ¡estaba en un mar de diversiones!

Sus padres, preocupados, fueron a buscarlo. Nadaron por diversas zonas de la profundidad, pero no encontraron a Lolo. Decidieron subir hacia la superficie. Por el camino se encontraron con el grupo de amigos en pleno juego. Llamaron a Lolo, y este respondió:

-Estoy aquí, estoy aquí- mientras salía de entre las algas- ¡Mamá, Papá! ¡Encontré nuevos amigos!

-Lolo, estábamos muy preocupados, no podíamos encontrarte- le dijo su Mamá.

-Hijo, te dijimos que no debías nadar lejos de nosotros. No queremos que te suceda nada peligroso. Lejos no podemos protegerte ni ayudarte – añadió Papá.

-Mamá, Papá, les presento a mis nuevos amigos. Cada uno es diferente, ¡al igual que yo! Jugamos, reímos y disfrutamos juntos nuestra amistad. Nos aceptamos dentro de nuestra diversidad, y respetamos lo que a cada uno le hace diferente. Compartimos y aprendemos de las aventuras que vivimos. ¡Me he divertido de maravilla! ¿Puedo volver mañana?

Papá y Mamá se miraron. Lolo había encontrado nuevos amigos que lo aceptaban, aunque era diferente. Ambos accedieron a darle permiso a Lolo para que regresara cada día a jugar con sus nuevos amigos. Su hijo demostraba que su diferencia no era obstáculo alguno para su convivencia con los demás. Su diferencia lo hacía único y diverso, ¡sin igual!

## **La Navidad de mi niñez**

En días recientes, me visitó el hermano que la vida me otorgó y con quien comparto la responsabilidad de educar en valores a mi ahijado. Mi compadre compartió en ese momento el diálogo que tuvo con su hijo la noche anterior a la visita. Estaba iniciándose la época navideña y con ello la planificación de los días festivos que la integran. Mi ahijado le comentó que ya sabía que Santa Claus no existía. El chico confesó que lo sabía desde que tenía siete años, pero que había fingido no saberlo hasta esta Navidad. Añadió que le habían mentido por mucho tiempo, y que ya no quería que le mintieran más. Imaginen la reacción de desconcierto y turbación para mis compadres. Tuvieron que sentarse a conversar sobre el tema y reenfocar el verdadero significado de la época, la celebración del nacimiento de Jesús. Con ese diálogo cerraban una etapa que vivimos en nuestra niñez y que de alguna manera comunica el fin de la inocencia creada en torno a una tradición y señala el comienzo de otra etapa de nuestro crecimiento.

Cada año se presenta la época festiva y cada 24 de diciembre me es imposible evitar el recuerdo de las fiestas navideñas en mi niñez. Siempre comenzaban después de Acción de Gracias. y Desde el 1 de diciembre nos dábamos a la tarea de decorar la casa, además de empezar a elegir qué deseábamos de regalo ese año. A través de los anuncios en televisión o por la información que compartíamos en la escuela, conocíamos los juguetes de moda. De los cuatro hermanos, siempre el menor pedía el juguete que se agotaba rápidamente y había que salir a buscarlo en donde estuviera por toda la isla; eso era parte de la responsabilidad de los hermanos mayores. La única responsabilidad del menor era antojarse del juguete casi imposible de conseguir, y de eso tenemos muchas anécdotas para compartir en otro escrito. Nunca tuvimos Navidad sin regalos, por el contrario, los recibíamos de parte de todos en la familia y hasta de los vecinos, esa familia extendida que se adopta por convivencia y por elección.



La única Navidad que se empañó de tristeza durante mi niñez fue el año en que murió Roberto Clemente, el 31 de diciembre de 1974. La noticia nos llegó a través de la radio.

Íbamos camino a Patillas, el pueblo de mi familia paterna y que era visita obligada durante esa época. Nos detuvimos en el camino, mi papá no podía creerlo. Recuerdo que se puso muy triste y comentó que tenía ganas de regresar a la casa. La noticia de la muerte de Clemente fue muy difícil de aceptar para él y para todo el país. Luego de un rato, decidió seguir hacia su pueblo. Mi papá era de un hogar muy humilde y progresó gracias a su dedicación y trabajo. Nunca olvidó su pueblo, Patillas, y siempre que tenía la oportunidad, atravesaba la cordillera y pasaba días allá.

En la Navidad, mi casa era un almacén de juguetes para los ahijados de mi padre, para los niños pobres de su barrio y para todo aquel que por una u otra razón no podía recibir en su casa algún obsequio. Nunca ninguno de nosotros se antojó de alguno de esos regalos. Ya sabíamos que tenían dueño. Nuestra sala se llenaba de muñecas, carritos, juegos de mesa, etc., y entre mis padres les asignaban el nombre del futuro dueño. Siempre guardo en mi memoria esa estampa año tras año: papi nombraba y seleccionaba el juguete; mami, imprimía el nombre con su hermosa escritura. Ese ritual duró años, hasta que esos niños se convirtieron en adultos.

Llegábamos el día de Navidad a Patillas y desde la entrada del pueblo nos deteníamos, saludábamos y confabulábamos las múltiples celebraciones en las que estaríamos presentes ese día. Al llegar a la casa, era todo saludos, risas y gritos. A la misma se iban acercando todos los que se enteraban de que Tommy (el padrino, el tío Tommy, el compadre) había llegado con su familia. Si alguno no aparecía, papi lo mandaba a buscar. Tenía una memoria colosal para los nombres.

Llegábamos en la mañana, y en ocasiones encontrábamos a veces a mis tíos y primos apenas levantándose. Comenzábamos entonces a descargar los regalos, la comida y todo lo que acompañaba nuestra visita a Patillas. Al rato empezaba entonces el desfile de gente que pasaba a saludarnos y a compartir con nosotros. Si por casualidad a papi se le había olvidado un regalo para alguno de sus ahijados o aparecía un niño no esperado, se metía la mano al bolsillo y lo solucionaba con un billetito. Nadie se iba con las manos vacías. Al



final del día, regresábamos cansados, pero felices de haber visto al familión y haber tenido la oportunidad de llevar un poco de alegría a otros.



Ese recuerdo me llena de mucho orgullo, pues era una lección de valores que mi papá nos estaba dando. Compartir con aquellos que tenían menos o casi nada, dar sin recibir, nunca olvidar de dónde venimos. En eso radica la celebración del Nacimiento: alegrar el corazón de quien lo necesita, no solo con un regalo, sino también con el amor que Jesús nos enseña a compartir.

## Sobre la autora



La doctora Ibis Rodríguez Carro es profesora universitaria en Puerto Rico y en Estados Unidos. Promueve el estudio de las letras y de la cultura puertorriqueña a través de sus conferencias y de sus presentaciones. Su blog [letrasagitadas.com](http://letrasagitadas.com) recoge sus escritos y sus vivencias con el fin de entretener, compartir y educar.

## Respuestas Por: Juan Carlos Fret-Alvirar

*Larga sombra mía que cae sobre mí.*

*Alto sol, alta luna.*

*Menguante sol, menguante luna.*

*Ido sol, ida luna.*

*Nadie sale ileso de ella, me decía un amigo...*

*¿Qué es?, ¿qué es?, ¿qué es?*

*¿Salimos alguna vez de ella o seguimos siendo esa herida?*

*Nos marca de por vida,*

*para bien,*

*para mal.*

*Si estamos rodeados de amor en esos primeros años que algunos llaman infancia,  
ese amor será una condena.*

*Si estamos rodeados de odio en esos primeros años que algunos llaman infancia,  
ese odio será una condena.*

*¿En qué momento, a cuál edad, salimos de ella?*

*Algunos la definen como la inocencia.*

*¿Cuándo la perdí?*

*¿La perdí del todo?*

*Depende de ese amor, de ese odio.*

*¿Los años o la mente la definen?*

*Ambos, dicen algunos.*

*¿Es un presente o una preparación para el futuro?*

*Ambos, dicen algunos.*

*La luz y la mañana y la primavera;  
la sombra y la tarde y el otoño.  
Se borran las memorias,  
quedan las cicatrices del amor y del odio,  
hasta la última limpieza de la carne,  
hasta la última limpieza del laberinto cerebral,  
y solo queden los huesos, el cráneo,  
y solo queden las palabras, las preguntas.*



## Sobre el autor



Juan Carlos Fret-Alvira es profesor universitario en recintos privados y públicos. Sus poemas, ensayos y cuentos han sido premiados en certámenes, y publicados en revistas, periódicos, carteles y libros de Puerto Rico y del exterior.

## **El barrio Destino y Aventuras en el campo Por: Miguel Ángel Velázquez Vega**

### **El barrio Destino**

Nuestro barrio, el Barrio Destino, en Vieques está ubicado en un punto intermedio en la ruta hacia el campamento militar llamado García. También, a través de esa ruta por la carretera 997, se llegaba a los barrios el Chivo, Luján y la Esperanza. Era un barrio pequeño donde las familias que habitaban podían contarse con los dedos de la mano, aunque sabemos que en otros tiempos estuvo más poblado que en los tiempos de mi niñez, en especial por mis familiares que luego emigraron.

Los campesinos del sector, aquellos que no habían emigrado, se dedicaban a la agricultura en pequeña escala para su subsistencia. Algunos criaban ganado, especialmente los novillos machos, para proveerse de leche o venderlos para carne cuando alcanzaban un crecimiento adecuado.

Había una familia que vivía cerca más arriba de nuestra casa. El acceso a su casa era a través de un camino angosto que dividía nuestra finca en dos y que pasaba por el lado de la nuestra. Esta familia poseía varias cabezas de ganado, en especial varias vacas lecheras. La familia capitaneada por doña Ángela, nuestra comadrona, nos proveía de leche de vaca todas las mañanas para nuestros cafés y comidas. Esta leche no era pasteurizada y teníamos que hervirla para consumirla. Era rala, espumosa y de muy buen sabor. Uno de mis hermanos tenía la encomienda de buscar la lata de leche todas las mañanas a la casa de doña Ángela. Don Julio, el marido de la comadrona, traía por las mañanas las vacas para ser ordeñadas, y luego las llevaba a pastar a yerbas cercanas. Este grupo de animales pasaba por el camino cerca de nuestra casa, y cuando hacían uso del camino no había nadie que pudiera pasar por él.



Don Julio tenía un viejo caballo llamado *Palo Viejo* el cual por sus resabios era muy conocido por todos en el barrio. Este animal tenía la peculiaridad de volverse como loco cada vez que sentía la proximidad de una yegua, y más si estaba en celo. Era gracioso ver a don Julio, un hombre ya entrado en años, de poca estatura, montado sobre su viejo caballo tratando de controlar sus resabios. No sabemos de dónde el dueño le puso el nombre a su caballo, pero sí sabemos que a don Julio le gustaba mucho el ron de marca Palo Viejo. Cada vez que se dirigía al pastoreo de su hato de ganado, solía pasar por el cafetín del lugar y darse un palo de este conocido ron por la ventana del cafetín sin desmontarse de su corcel. Si los palos se le subían a la cabeza, el noble animal lo llevaba a su casa sano y salvo, pues se conocía el camino de memoria. Como dato curioso, sabíamos que doña Ángela también se daba el palo de vez en cuando para aclarar su garganta y poder realizar sus tareas domésticas con más entusiasmo.

Si subíamos por la carretera rural y seguíamos la misma ruta del Campamento Militar García, llegábamos a nuestra escuelita rural. Para la educación de los niños, antes había

que acudir a las escuelas del pueblo. Estas quedaban bastante distantes para los niños pequeños, por lo que se hizo imprescindible buscar solución al problema. Entonces se construyó una escuelita rural para grados primarios. Consistía en una estructura de madera y zinc abierta en su interior para ubicar varios grados a la misma vez. También se le proveyó de una estructura para un comedor, una cisterna y demás facilidades. Allí estudiamos nuestros primeros dos grados. Las maestras eran muy buenas y competentes, y sabían enseñar muy bien a los niños pequeños. Las recordamos con mucho cariño. Varias vecinas aledañas operaban el comedor y nos proveían alimentos.



Siempre recuerdo una anécdota que nos pasó en la graduación de primer grado. Mi madre me había preparado el *flu* para la ocasión; estaba deseoso por lucirlo. No sabemos el porqué, pero la fecha de mi graduación no estuvo muy clara. Mis hermanas me llevaron a la misma dos veces distintas, sin ser el día de la graduación. Imaginen el disgusto de mi madre por tener que vestirme dos veces sin ver resultados positivos.



Para el programa de graduación, los graduandos tenían que preparar el programa artístico. A mí me tocó declamar una poesía, la cual debía aprender y recitar de memoria frente al grupo en aquel importante día de mi vida. Recuerdo que dicha poesía decía así:

*El Pavito Real*

*El Pavito Real*

*siempre está limpio*

*porque nunca se quita*

*el trajecito de los domingos.*

## **Aventuras en el campo**

Los mejores momentos los pasé junto a mi hermano Horacio deambulando por el campo en busca de aventuras. Este me llevaba dos años, y éramos compañeros inseparables cuando se trataba de aventuras. Algunas veces salíamos a buscar frutas que estuvieran en cosecha para ese tiempo, como: los mangos, las quenepas, las guayabas, los aprines, las calambreñas, los guamás, los pajuiles, los nísperos, y otros que no eran tan abundantes como los mencionados.

Recuerdo cuando íbamos a buscar quenepas en un árbol localizado en una zona del campo que llamábamos “el hoyo”, tal vez por lo escarpado del terreno. Aquellas quenepas eran muy deliciosas, aunque tuviéramos que batallar con las avispas que solían rechazar nuestra intromisión en sus entornos. Las quenepas eran famosas en nuestro pueblo, pues con ellas solían confeccionar el famoso *bilí*. Esta era una bebida que se preparaba con ron, preferiblemente *ron cañita*, y que se hizo muy popular y característica de nuestra Isla.



Algunas de estas aventuras eran riesgosas, pues teníamos que adentrarnos en fincas ajenas para sustraer las frutas que estábamos buscando, y enfrentarnos a los gritos de amenaza de los furibundos dueños que querían impedirnoslo. No fueron pocas las veces que tuvimos que salir corriendo de esas fincas privadas donde dejamos el pellejo rasgado por los alambres de púas que resguardaban estas propiedades. Sin sentir vergüenza, les digo que valió la pena el riesgo corrido, pues el fin perseguido justificaba nuestra osadía.

Otras de nuestras más frecuentes aventuras era ir a darnos un chapuzón a la quebrada acompañados de otros muchachos del barrio. Las playas quedaban un tanto lejos, y no gozábamos de un medio de transporte para visitarlas. Las quebradas quedaban cerca. Aunque sus aguas estaban contaminadas, esto no constituía un temor para nosotros que acudíamos frecuentemente a gozar de un buen chapuzón. Cabe señalar que no fueron pocos los que adquirieron enfermedades, incluyéndonos, producto de la contaminación de aquellas aguas.

En una ocasión, en otra de nuestras andadas, pasamos en nuestro recorrido por la finca de nuestro vecino don Julio. Allí se encontraba su hijo Pablo construyendo una pequeña casita. Como muchachos curiosos procedimos a entrar a la casita, la cual ya tenía puertas instaladas, pero sin cerraduras. En la acción de abrir y cerrar una de las puertas, se me pilló un dedito entre las dos hojas de la puerta y comencé a gritar a mi hermano: “Horacio, corre, corre”. Él pensó correr, pero no sabía hacia dónde ni se percataba de lo que me estaba pasando. Como él estaba al otro lado de la casita hablando con Pablo cuando oyó mis gritos, comenzó a correr sin dirección hasta que se encontró conmigo y con mis dedos pillados. Abrió de inmediato la puerta, y los dedos se soltaron. El dolor que sentí fue intenso, pero no fue nada que un poco de agua fresca no pudiera aliviar.



Recuerdo una tarde en que nuestro vecino Adolfo, carpintero de oficio, construyó una pequeña machinita de madera para la diversión de sus hijos y demás muchachos. Era una plataforma provista de una tribuna de madera de forma circular, la cual giraba alrededor de un tubo de acero en su centro que le servía de eje. El tubo estaba dotado de unos tubitos

horizontales en forma de cruceta, cuya función era la de darle impulso a la plataforma para que girase más rápidamente. Uno de los usuarios debía de sentarse lo más cerca posible del tubo central y accionar la cruceta para dar impulso de rotación a la plataforma. Mi hermano Horacio fue el elegido para tal acción. Se sentó en la machina con el tubo central entre sus piernas, y procedió a accionar la cruceta de rotar la machina haciendo fuerza sobre la misma. Se le enredaron las manos en las crucetas y quedaron fijas sin poder soltarse, mientras la plataforma giró y se le fracturó un brazo. Lo llevaron al hospital de inmediato donde se lo enyesaron.



Uno de nuestros pasatiempos más disfrutados era el de volar chiringas en las épocas de verano y la Semana Santa. Durante estas épocas, los vientos eran más fuertes y las chiringas se remontaban sin hacer mucho esfuerzo para volarlas. Horacio era un experto en la confección de chiringas y toritos (chiringas más grandes). Las chiringas eran confeccionadas con papeles provistos por catálogos, revistas, periódicos y otros. Formábamos el cuadro con tablitas que sacábamos de las pencas de palmas por estas ser

más livianas y resistentes. Después de formar el esqueleto con las tiras de las pencas de palma e hilos en los bordes, procedíamos a pegar los papeles con pega casera, la cual preparábamos con harina de pan y con agua. Les poníamos zumbadores en la trompa para que hicieran ruido al contacto con el viento, y un rabo largo de tiras de tela, para el balance, proporcional con el tamaño de la chiringa.

---

### Sobre el autor



Miguel Ángel Velázquez Vega nació el 12 de diciembre de 1943 en el barrio Destino de la Isla Nena, Vieques, Puerto Rico. Tuvo la oportunidad de correr por los campos de la Isla Nena junto con sus siete hermanos donde pasó su niñez hasta los ocho años. Cursó sus estudios superiores en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Mayagüez, y en 1965 se convirtió en ingeniero civil. A pesar de todos sus logros y éxitos profesionales, Miguel nunca olvidó sus raíces ni el trabajo duro que significa alcanzar sus sueños. Por

esta razón, como legado y tributo a su bella Isla Nena, Vieques, en el año 2017 culmina uno de sus más grandes sueños, su libro llamado Vieques Relatos y Vivencias de un Jíbaro. En el mismo narra cómo era la vida en la Isla Nena y cómo su gente fue adaptándose y evolucionando con el tiempo.

## **Firolita la cebra amarilla Por: Ana Lydia Fontáñez-Dávila**

Firolita era una cebra a quien le gustaba mucho el color amarillo. Decía que las rayas blancas y negras eran aburridas.

—¡Me encantan los colores! El más bonito es el amarillo —dijo con entusiasmo, mientras empapaba la brocha en la pintura amarilla para cubrir sus rayas.

—¡Firolita! ¿Otra vez pintándote? —preguntó su padre Firo, quien tomó el bote de pintura para regresarlo a su lugar.

—¡Papá, no te lleves la pintura! No he terminado —protestó Firolita.

—Ya te dije que no puedes jugar con mis pinturas. Las necesito para terminar mi proyecto. Además, tú eres una cebra. Las cebras somos blancas y negras.

—Pero yo quiero ser amarilla. Las rayas son aburridas. Yo quiero ser como el sol— expresó Firolita.

—Firolita, estoy pintando un cuadro familiar. Estaremos todos, junto a los abuelos —explicó Firo con entusiasmo, para tratar de animarla.

—¿Me puedes pintar de amarillo en tu cuadro? —cuestionó ilusionada.

—Cada cosa tiene su color, y los nuestros son blanco y negro. ¡Fin de la conversación! —Firo se retiró para esconder la sonrisa que le provocó la ocurrencia de su hija.

Más tarde, Firolita, estaba sentada entre los arbustos con cara de tristeza. De repente, llegó Lita, su mamá.

—Firolita, ¿qué te tiene tan triste? —preguntó Lita con mucha ternura, al acercarse a ella.

—Es que quiero ser amarilla, pero papá dice que no se puede. Se llevó toda la pintura —respondió Firolita entre sollozos.

—Cariño, tu papá tiene razón. Las cebras somos blancas y negras, pero cada especie y cada ser vivo es especial sin importar su color, lo que tengan igual o en lo que sean diferentes. Todos somos especiales porque somos únicos.

Firolita miró a su madre con atención, y su rostro dibujó una linda sonrisa.

—Imagina las cosas a tu alrededor de un mismo color. Sería una locura —continuó Lita. Mira las plantas, su color verde no luce igual entre unas y otras, y las flores tienen distintos colores. El sol tiene un hermoso color amarillo que tanto te gusta, pero no es más importante que la luna. Ambos son especiales. El cielo luce un maravilloso color azul, pero es igual de especial que el mar.

—Pero mamá —interrumpió Lita—, las cebras somos todas iguales. ¿Significa que no somos especiales? —expresó, mientras volvía la mirada de tristeza.

—No somos todas iguales —Lita se rio y chocó levemente con Firolita para que también se riera—. Mira nuestras rayas. ¿Son iguales?

—Sí, blancas y negras—contestó Firolita sin pensarlo.

—No me refiero al color. Mira bien de cerca. Cada raya se ve distinta. Las líneas no siguen el mismo patrón. ¿Lo notas? Las rayas en cada cebra son únicas. No hay rayas repetidas. Somos especiales. Aunque fuesen iguales, lo que nos hace especial es lo que podamos sentir, la forma en que somos con nosotros mismos y con los demás.

Lita continuó mostrándole las rayas en las demás cebras de la familia, mientras Fiolita sonreía maravillada. Estaba tan emocionada por lo que había descubierto, que corrió donde su papá a contarle.

—¡Papá, papá, papá! —gritó Fiolita, haciendo que Firo casi dañara la pintura familiar que al fin estaba terminada.

—Firolita, me asustaste —rió Firo—. Quiero saber lo que sucede, pero primero quiero mostrarte algo.

—¿Una sorpresa? —Firolita agrandó sus ojos por la emoción, y comenzó a moverse inquieta. Esperó a ver lo que su papá quería enseñarle.

—Cierra los ojos —pidió Firo, a la vez que giraba el cuadro que había pintado—. No hagas trampa —bromeó.

—¡Papááá...avanza! —sugirió Fiolita con desesperación.

—Ya puedes mirar. ¡Tadaaaaa! ¿Te gusta? Te pinté de amarillo como querías —señaló Firo.

Firolita se quedó en silencio por unos segundos.

—Pero papá —dijo en voz baja—, es que las cebras no somos amarillas. Somos blancas y negras. Además, nuestro interior es especial, al igual que todas las especies. Ya no quiero ser amarilla. Quiero ser una cebra blanca y negra —sonrió con orgullo.

—Pero... —Firo permanecía con la boca abierta.

—No te preocupes, papá. Pinta otro cuadro. Te queda mucha pintura.



Firolita se fue dando pequeños saltos de emoción por toda la selva, mientras su papá sorprendido, casi a punto de desmayarse, la miró alejarse llena de felicidad.



## Sobre la autora



Ana Lydia Fontáñez-Dávila es original de San Juan, nació en el Barrio Caimito y se crio entre Río Piedras y Hato Rey. Es enfermera y educadora de profesión. Se dedica a la enseñanza a nivel universitario. Es amante del arte en todas sus expresiones, por lo que dedica su tiempo libre a escribir narrativa y ensayos, así como a la pintura y al dibujo, aunque su comienzo fue en la poesía.

Actualmente escribe un libro de cuentos, como proyecto de grado para concluir la Maestría en

Artes en Escritura Creativa.

## **Niño taciturno y Asombro indecible Por: Damián Jerónimo Andreñuk**

### **Niño taciturno**

*Aún soy el niño raro que amaba a las tortugas.  
Galopando fascinado en un caballo rojizo.  
Acompañado por Salgari Cortázar Julio Verne.  
Viviendo desde dentro de mi nombre  
sin la enferma comadreja de la desesperanza.  
Protegido por todo mi linaje  
aprendiendo lo hermoso y lo terrible.*

*Aún soy el niño taciturno que amaba la paz.  
Apartado interiormente de la bilis del mundo.  
Viajando en las alturas de mi imaginación.  
Alfabetizándome en los claroscuros de la humanidad.  
Jugando en horas divertidas con una pelota.*



## **Asombro indecible**

*Acribillado*

*por una gris codicia.*

*En las contradanzas del idilio.*

*Entre crímenes y rosas.*

*Con la certeza más feroz*

*ante todos los abismos.*

*Añoro el principio;*

*los juegos sin reloj,*

*las manos de mi abuela,*

*el asombro indecible*

*mirando a una tortuga.*

*Es duro conocer el rencor.*

*La lucha salvaje por la supervivencia.*

*El verano desmedido quemando las cosechas.*

*Que a veces no hay nada*

*debajo de las máscaras.*

*Alternancia agri dulce*

*de música y aullidos.*



## Sobre el autor



Damián Jerónimo Andreñuk nació en City Bell en 1986 y reside en Villa Elisa, ambas localidades ubicadas en el partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Publicó once libros, todos a través de certámenes en diferentes editoriales. Además, a nivel nacional e internacional, obtuvo distinciones en concursos y fue seleccionado para colaborar en revistas y antologías.

## REVIVIENDO LA INFANCIA\* Por Consuelo-Mar Justiniano

“Brinca la tablita uno, dos y tres; bríncala tú ahora que yo me cansé...” “Cheki, morena, cheki, Cheki, morena, ¡jue! ¿Que dónde está ese ritmo caramba del merecumbé?” “Arroz con leche, se quiere casar con una viudita de la capital. Que sepa tejer, que sepa bordar, que ponga la aguja en su campanal”. ¿Recuerdan estas melodías?



Con el nacimiento de Sofía Valentina, evoqué muchas canciones de la infancia que creí olvidadas. Como fui la única hembra de mi casa, jugaba a solas en mi cuarto con las muñecas. Les cortaba el pelo, les “cosía” ropa e inventaba romances para ellas. Siempre estaba hablando sola. Sin embargo, en la escuela los juegos infantiles eran compartidos e implicaban canciones. Recuerdo las ruedas en el patio cantando “Brinca la tablita”, “Arroz con leche” y bailando “Cheki morena”. Han pasado años desde eso, me sorprende el interesante juego de la memoria.

Hoy día, los juguetes infantiles han variado mucho. Mis recuerdos solo implican muñecas, peluches y juegos de cocina en miniatura (cosa que jamás le regalé a mi hija). No quise obsequiarle nada que implicara labores domésticas ni que perpetuara los estereotipos femeninos. Mientras mi chica era pequeña no fue suficiente recordar las melodías de mi infancia, tuve que aprender a jugar con otras cosas y hacer distintas actividades.

Por ejemplo, mi hija tuvo un carrito de compras que ella halaba de un lado a otro mientras el aparato tocaba distintas sinfonías. Tuvo otro en el que se montaba, tocaba la bocina, tenía radio con música y hasta un baúl donde guardaba otras cosas. Además, recibió una jirafa que tenía ruedas y en la que también podía montarse e ir de un lado a otro, mientras arrastraba por el rabo a una jirafa más pequeña. Tuvo un correpasillos que incluía muchas funciones: música, baile, letras, asociaciones, etc. Como si fuera poco, le regalaron una “casa de campaña” llena de bolas que yo aprovechaba para guardar adentro todos los demás juguetes posibles y evitar los regueros.

Mi infancia fue muy silenciosa, mientras que la de ella fue un alboroto. Todos sus juguetes tenían sonidos. Eran “chulitos” hasta que salían sonando en el silencio de la noche mientras dormíamos. Una vez pensé cómo caramba (si estábamos acostadas) se activaba un perro de juguete que salía ladrando y caminando cuando detectaba



movimiento. Tanto fue así que por evitar indagar demasiado y pensar en lo sobrenatural, opté por botarlo.

Las actividades de recreo eran otra cosa. No recuerdo que me llevaran a parques para niños. Tuve una infancia muy pasiva, de milagro no fui una niña obesa. Para mí llevar a Valentina al parque no era una opción, sino un requisito. Tenía tanta energía que si no hacía algo para que la liberara me volvía loca. De modo que subirla a los columpios, a la chorrera y dejarla correr, era la solución perfecta.



De mi infancia lo único que tenía para ofrecerle eran las canciones que volvían a mi memoria. Ella lo agradecía con una sonrisa, unas palmaditas, un baile, un abrazo. Bastante que cantábamos y bailábamos a la hora del baño. Cuando ya era más grandecita, yo le decía que me dejara cortarles el pelo a sus muñecas (como hice con las mías), pero ella nunca me dejó hacerlo.

En sus años infantiles reviví muchas memorias de mi infancia que me llevaron a concluir que, aunque silenciosa, tuve una inocencia feliz. Tan feliz como la alborotada niñez de mi hija. ¡Cómo pasa el tiempo! Ayer la niña era yo... “Veo, veo. ¿Qué ves? Una cosita. ¿Con cuál letrecita? Con la letra I...”

\*Tomado del libro Soltera con compromiso “Guía para criar sin volverse loca” (2013) y adaptado para esta edición de Le.Tra.S.

---

## Sobre la autora



Consuelo Mar -Justiniano se desempeña como profesora universitaria, bloguera, colaboradora radial, redactora, editora y gestora cultural. Tiene un doctorado en Filosofía y Letras con especialidad en Literatura de Puerto Rico y el Caribe del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es autora del libro Soltera con Compromiso “Guía para criar sin volverse loca”, del poemario Inconcluso.S. y del texto La metáfora de la mirada en los personajes femeninos de la narrativa de Olga Nolla y

Ángeles Mastretta. Actualmente trabaja en otro libro.

## **Rayito de Luz Por: Alexie M. Lugo Canales**

*Rayito de Luz  
que iluminas los senderos  
baña con tu luz  
mis caminos en el día.*

*Tú, mi Rayito de Sol,  
vienes alegrando mis pesares  
en penumbras que despejan el día  
abriendo el camino de albas nacies, que anuncian la entrada  
de un renovado y risueño Sol.*

*Es mi Rayito de Sol  
quien ilumina  
los senderos que hemos de recorrer  
de tu mano con alegría.*

*Creces cada día  
y en la noche,  
suenas con traer  
tu Luz a la Vida.*



---

### Sobre el autor



El Dr. Alexie M. Lugo Canales ha sido profesor conferenciante en UAGM Recinto de Gurabo desde donde ha impartido el curso de Competencias Culturales en la Salud en el Programa de Maestría en Salud Pública e Investigación en Ciencias de la Salud a nivel subgraduado. Su compromiso por una educación humanista e inclusiva en la formación de su alumnado ha estado inspirado por su rol como padre, y como aportación a un mundo más justo y equitativo para presentes y futuras generaciones.

## **Memorias de la infancia: entre matices de luz y sombra Por: Elizabeth Díaz Rodríguez**

*La vida es la infancia de nuestra inmortalidad  
(Frase atribuida a Johann Wolfgang von Goethe)*

### **Pedro y la pelota**

Pedro tiene cuatro años. Siempre ha visto a sus padres y hermanos mayores jugar en el parque, y ha estado ansioso para unirse a ellos. Un día soleado, su padre le da una pequeña pelota y lo lleva al campo. Pedro sostiene la pelota en sus manos, sus ojos brillan de emoción. Su padre le explica cómo darle un golpe a la pelota, con lo que ellos llaman bate. El bate de Pedro es de plástico y color *charteuse*. ¡Pedro nunca olvidará el color! Su padre avienta la pelota frente a él y da un golpe fallido. La pelota se tambalea torpemente y no llega muy lejos, pero Pedro se ríe de alegría, corriendo a la primera base improvisada con una lata. Pedro sigue cada uno de los movimientos de su progenitor con entusiasmo y determinación. A medida que avanza, siente una oleada de emoción. Pedro se sienta en el banco improvisado. Sus pequeñas piernas cuelgan aleteando graciosamente. Se levanta, su papá lanza la pelota, da un golpe y vuela, choca con un poste. Grita de emoción y corre para abrazarlo. La expresión de alegría y orgullo en el rostro es inconfundible. Ha experimentado la emoción de jugar por primera vez, de ser parte de un juego que le apasionará durante el resto de su vida. En ese momento, el mundo entero desaparece, y todo lo que importa es la sensación de felicidad que llena su corazón. El niño experimenta una mezcla de diversión, logro y conexión.



## María y la chiringa

¡María está emocionada! ¡Ella tiene su primera *chiringa*! Es un día soleado y el viento sopla suavemente. Sus ojos brillan mientras la sostiene en sus manos, con sus colores brillantes y alegres, ondeando al viento. María encuentra un lugar abierto en el parque y comienza a jugar con la brisa. El silbido del viento se entretrejía entre las cuerdas y el chasquido del papel enrollado estallan. El viento se filtra a través de sus dedos mientras su juguete se eleva lentamente en el cielo. La expresión de María cambia. Su risa se convierte en carcajada. El sonido del viento zumbando en la cuerda y el crujido del papel atesta el aire. A medida que la *chiringa* (conocido como cometa en otros lugares) asciende más y más alto, irisotadas, agitación y movimiento se mezclan con el cielo! Ella se convierte en aura, viento: volando, imitando las piruetas en el aire. Se condensa en un abrazo con el viento y el cielo. Sonríe y corre mientras maneja la cuerda. Siente la brisa en su rostro y el sol en su piel. La sensación de libertad ciñe sus sentidos. Sabe que ha logrado elevar su *chiringa* en el cielo y la emoción es indescriptible. La alegría es contagiosa y atrae la atención de otros, que como ella disfrutaban del parque. Juntos,

comparten risas y momentos de felicidad mientras sus *chiringas* cabriocean en el cielo azul. María es un ejemplo hermoso de cómo un simple objeto y una experiencia al aire libre pueden llenar el corazón de alegría y asombro, creando recuerdos felices que perdurarán en sus pensamientos.



### Paulina y sus libros

Paulina cumple hoy diez años. Sueña con perpetuar largas las horas de interacción con sus maestros. Se sumerge en las emociones de los libros, viviéndolas en un mundo que diseña, paralelo a la historia real de su vida. Es leal a sus visitas a la biblioteca, donde sueña con tener una vida mejor. Las letras son su autoayuda, su consejero y refugio. ¡Goza tanto de los libros!, sean electrónicos, como arrebatados de los estantes. No tiene amigos, ni le permiten asistir a fiestas. Sus compañeros la tildan de *extraña*. Es hora de abandonar

su refugio. Arrastra los pies y se tambalea, con movimientos fluidos, rígidos, lo que le da un aspecto inestable, cansado. Llega la noche y en su cama espera la sombra habitual que la visita. Las visitas comenzaron cuando tenía cinco años, en la quietud de la noche. Las manos magnas y estriadas del visitante trazan la figura de su cuerpo. Solo recuerda el sonido, *ichsss!*, seguido de varios *clics* discretos y suaves.





## Sobre la autora



Docente en todos los niveles del sistema educativo. Ha publicado varios escritos. En 2017 se le concedió el Premio Lima Claro Internacional por el escrito: *Sublevación, desobediencia y cambio*. En 2022 participó en el Congreso Ted Entramar con la exposición: *El multifacético Word Art* y en el Congreso de Investigación de Ana

G. Méndez con la investigación publicada en *Hispanic Technoly Services (HETS): La presencia docente en la virtualidad*.

# Letras Inéditas

## **Trecitas de azabache y trecitas de rubí Por: Dhaysra Reynoso Vélez**

En cada escuelita hay muchos niños lindos y muchas niñas bonitas. Te contaré sobre dos niñas con muchas trecitas: una tiene brillosas trecitas de azabache y la otra alborotadas trecitas de rubí. Cada día las dos se van de aventuras. Unos días luchan contra ogros muy grandes y feos, otros días son princesitas que se toman un rico té en el jardín.



Los ogros dicen cosas que enojan a las niñas, les dicen: “¡tontas!, ¡ifeas!, ¡brujas!” pero ellas siempre se toman de la mano y les gritan: “¡brutos!, ¡bobos!, ¡ifeos!”. El té es invisible para los adultos, pero para ellas, tiene los sabores más fantásticos, como los de salsa de dragón morado, los de polvitos de hada y los de brillitos de estrella.

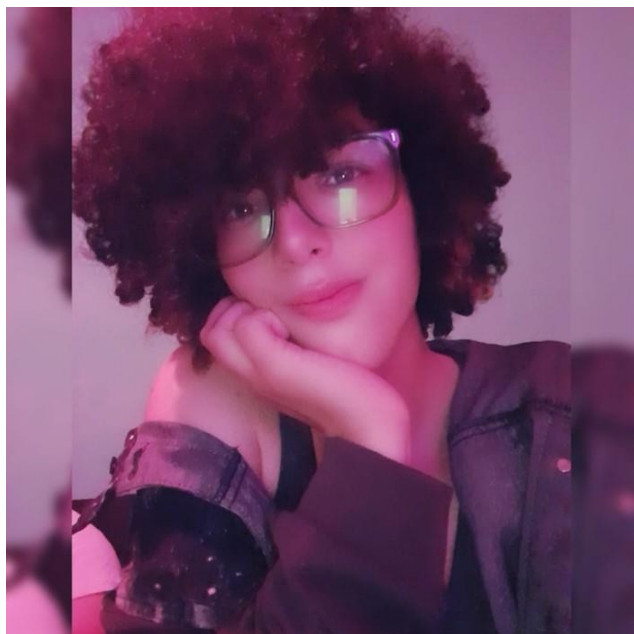


Al final de cada aventura, tienen sueños mientras descansan en sus camitas del “kinder”, con pancitas llenas de merienda, usualmente sus favoritas: galletas con queso y juguito

de naranja. ¡Todavía son chiquitas, pero las niñas de las trenzas son las más valientes y fuertes de todas! ¿Sabes por qué? Porque siempre están juntas.

---

## Sobre la autora



Dhaysra Reynoso Vélez: (Caguas, Puerto Rico, 1999). Estudiante subgraduada de Psicología, experta en Reservas del Dorado Beach, A Ritz-Carlton Reserve. Estudió en la escuela elemental Amalia López de Ávila, donde perteneció al Club de Lectura en inglés desde el 3er hasta el 6to grado. Continuó sus estudios en la Escuela Intermedia Basilio Milán Hernández donde escribía cuentos y poemas que jamás sometió. Luego estudió en la escuela

superior Dr. Pedro Albizu Campos donde se especializó en Servicios al Huésped. Luego de reflexionar, decidió dedicarse a estudiar Psicología.

## Recuerdo de colores Por: Ketzia M. Vélez Figueroa

Tenía nueve años la primera vez que entré por ese castillo. Recuerdo ver escenas parecidas a aquellas que veía en mi televisor. Al entrar, me sentaron en un trono y comenzaron su magia en mí. Empecé a ver muchos colores: verde, rosa, violeta y azul. Una pieza de plástico cubría mi rostro de los químicos que se esparcían alrededor de mí. Químicos que construían una imagen de encanto y fantasía. Al terminar, me guiaron hasta el espejo de aquel castillo. No sé si había algo de especial ahí, pero me notaba diferente. Había un resplandor por todas partes, cabellos oscuros se mezclaban con rubios, un hermoso vestido verde cubría mi cuerpo y unos zapatos de arcoiris me preparaban para alzar vuelo.



## Sobre la autora



Ketzia M. Vélez Figueroa nació el 19 de diciembre de 1999 en el pueblo de Bayamón, Puerto Rico. Luego de graduarse en octavo grado del Colegio San Agustín, comenzó el noveno grado en la Escuela Especializada de Bellas Artes Pablo Casals, especializándose en teatro. Durante esta etapa escolar tuvo la oportunidad de desarrollarse en muchas áreas dentro del movimiento artístico. Fue partícipe de obras de teatro como actriz y como miembro del personal del escenario. Tuvo oportunidades de crear guiones, de dirigir algunos trabajos creativos y presentar en algunas tarimas reconocidas del país como el Teatro Braulio Castillo, el Teatro Francisco Arriví, entre otros. Luego del huracán María, decidió finalizar su último año escolar en el Colegio Beato Carlos Manuel Rodríguez. Actualmente cursa un bachillerato en Ciencias Sociales con concentración en Psicología, en la Universidad Ana G. Méndez, Cupey-Bayamón.

## Las estaciones de mi niñez Por: Rebecca Pérez

### Verano

Entre recuerdos divago y me doy cuenta de que tengo un rollo de cine por memoria. Aquella tarde de verano llega de repente; la piscina azul en casa y todos mis primos ahí. No sabía nadar, pero no importaba; la piscina no era tan grande. Todos riendo y peleándose por tonterías haciéndome reír. Toda la familia está feliz y esa chispa en mi pecho se desborda.



## Otoño

Una pequeña puerta se abre en mis recuerdos y veo una pequeña vestida de bruja sentada en el sofá. Otoño, día de brujas; mis hermanas tenían que ir disfrazadas a su escuela. Mi mamá nos puso a todos el disfraz de bruja de la mayor y nos tiró fotos. Mi sonrisa esbozaba esa fotografía.



## Invierno

Invierno, mi estación favorita llegó. Mis recuerdos tocan la nieve que cala mis huesos. Soy feliz jugando con la nieve y aquel abrigo pomposo rosa me recuerda que debo cuidarme. Pero soy pequeña y aprovecho que ya no me enfermo tan seguido para seguir riendo y comiendo las perlas blancas que he creado con las lágrimas del cielo.





## Primavera

En la primavera las flores florecen y el sol ilumina el cielo. Parece un día cualquiera en Puerto Rico. Voy entrando en la adolescencia y me paro frente a mi nueva escuela secundaria. Mis ojos tocan el suelo y se topan con unos hongos blancos. Esas sombrillas que crecen de la tierra me miran sonrientes y comienzo a alucinarlas en todas partes; me agrada. El polen vuela por los aires haciéndome llorar; me enferma y se burla de mí. Divago con la mirada y toco un árbol de mangó en el fondo, junto al portón de la escuela. El recuerdo de la primaria me golpea. Era época de exámenes y el grupo con asistencia perfecta ganaría un premio. Luego de los contratiempos estábamos ahí ¡Ganamos! El día de pizza fue bueno, pero lo mejor fue poder ir al área VIP; éramos VIP. Nadie podía entrar, nadie podía ver la majestuosidad de aquel palo de mangó en el fondo de la escuela; solo nosotros, solo yo. Llené mi lonchera de esos frutos maduros y vi tirarse por la colina a mis

compañeros. Solo éramos niños de 3ro que habíamos ganado la lotería por solo asistir a las pruebas.



Las estaciones evocan recuerdos que me llenan de melancolía. Son un rollo en mi memoria con fotogramas cortados. Pero soy feliz con esos trozos borrosos de una infancia perdida en las cenizas de un hipocampo dañado.

## Sobre la autora



Rebecca Pérez nació en Río Piedras, Puerto Rico. Actualmente es estudiante de la Universidad Ana G. Méndez, donde cursa un bachillerato en Psicología. En sus ratos libres dibuja, lee y escucha música. Empezó escribiendo canciones, pero en la escuela superior decidió iniciarse en la escritura poemas.

## Poema de infancia Por: Kayramarie Caraballo Quirindongo

*l olor de una calurosa mañana de verano,  
casi tan bueno como el café que compartía con mis primos  
Dos pedazos de pan y una silla tan grande como la estatua de la libertad,  
a la que tenía que subir todos los sábados por la mañana.  
Miré por la ventana y vi a Angie, Steven, Cheo, Gordo y Eny, jugando béisbol.  
Con un palo de árbol como bate  
y una pelota de tenis como pelota de béisbol.  
La vida se sentía diferente, se sentía mejor.  
Música tan alta que toda la urbanización podía escucharla.  
Y saludamos con los brazos abiertos a todos los que querían probar el famoso arroz  
con gandules de mi tía.  
Estos recuerdos vivirán para siempre en la memoria de mi infancia.*



## Sobre la autora



Kayramarie Caraballo Quirindongo tiene 24 años y está en su segundo año de estudios en Psicología en la Universidad Ana G. Méndez, Cupey-Bayamón. Nació y creció en Newark, Nueva Jersey (E. E. U. U.). Se mudó a Puerto Rico en el 2021. Viajar y comer buena comida son la clave para su felicidad.

## Memorias de la infancia Por: Christian J. Pagán Rivera

De mis momentos más felices puedo destacar todas esas veces que jugaba con mis amigos fuera de la casa cuando estaba en mi etapa de la niñez. Me hacía sentir muy especial el hecho de que a pesar de que yo fuese el niño nuevo del vecindario, ellos me incluyeran en su grupo. Todos eran mayores que yo, así que yo también me sentía grande. Con ellos aprendí algunas cosas. Corría bicicleta muchas veces con ellos y mi día favorito lo fue cuando corrimos bajo un aguacero, porque me encanta la lluvia y en ese entonces estaba una de mis actividades favoritas, en mi clima favorito.



## Sobre el autor



Christian J. Pagán Rivera tiene 20 años y es estudiante de Psicología en la Universidad Ana G. Méndez de Cupey-Bayamón. Le gusta mucho la música, la comida, el deporte, los videojuegos y disfrutar junto a sus seres queridos. Anhela poder lograr todas sus metas, tener una vida estable y formar una hermosa familia.